

ALESSANDRO PRONZATO

EVANGELIOS MOLESTOS

DECIMOTERCERA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2023

Tradujeron J. Sánchez y A. Ortiz
sobre el original italiano *Vangeli scomodi*
Tradujo J. A. Velasco García la presentación
y los capítulos 8, 25, 27, 28, 39 y 45

Imagen de cubierta: imagen digital realizada
por C. H. Martín para Ediciones Sígueme

© Piero Gribaudi Editore, Torino 1967, ²⁵1996
© Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca 1969
C/ García Tejado, 23-27 -37007 Salamanca / España
Tlf: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2183-0
Depósito legal: S. 407-2023
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

Confesiones de un autor tras releer su libro	9
1. La tristeza de Navidad	13
2. Algo falla en mi belén	18
3. Las sorpresas de un viaje	23
4. El niño quiere respirar aire puro	28
5. ¿Es el hombre un gorila con fusil?	32
6. Perdón para unas canas	44
7. Lo conocían, por eso no lo reconocieron	50
8. Jesús siempre está fuera de casa	55
9. No hay descuento en el billete de entrada	63
10. Las vacaciones de Dios y el trabajo del cristiano	72
11. El pan	77
12. Dos mil puercos en la balanza	85
13. El ojo malo	91
14. La palabra creadora y el pedregal que florece	97
15. La necesidad del rico	101
16. El rico, ese desdichado	106
17. Un oficio que no conoce crisis	112
18. Consagración junto al brocal del pozo	119
19. Una mujer «ligera»	131
20. Un ladrón en la cátedra	138
21. ¿Qué tenemos en el desván?	142
22. El sicomoro cargado de remordimientos	147
23. Lo que estaba perdido o lo que nosotros habíamos perdido	154
24. Prohibido aplaudir a los profetas	159
25. Enfermos de esclerocardia y especialistas en ignorancia	166
26. El cristiano comprometido con la historia	170
27. Profesionales de la indignación	175
28. Una piedra de molino para quien escandaliza	181
29. También nosotros con piedras en las manos	188

30. Alta cirugía	193
31. La montaña de luz camina hacia el asfalto	197
32. La Iglesia de los pecadores	201
33. ¿Logramos entender la estrategia de la misericordia?	207
34. Rezo el «Yo confieso» en lugar del mayor	213
35. Pasó el peligro para el pródigo	221
36. La casa y la vieja tía	228
37. Pasar por el lado correcto del camino	231
38. La sangre envenenada	239
39. Los que sólo aprenden aquello que ya saben	247
40. ¿Quién quiere jugar?	251
41. Diez en conducta	259
42. Ganas de aguarnos la fiesta	269
43. Operación limpieza del templo	275
44. Entrad, el mercado ha terminado	279
45. Una higuera culpable de respetar las estaciones	285
46. Han traicionado a Judas	299
47. Señor, enséñame a dormir	305
48. Un sitio en el calendario para el primer santo cristiano ...	308
49. La montaña se quedó en su sitio	311
<i>Textos bíblicos comentados</i>	315

PRESENTACIÓN

CONFESIONES DE UN AUTOR
TRAS RELEER SU LIBRO

Si dijera que contemplo sorprendido, casi incrédulo, el camino que ha recorrido *Evangelios molestos* desde aquel lejano 1967, muchos no me creerán y me atribuirán un pecado de humildad.

Y, sin embargo, es así.

Estas páginas, nacidas en el espacio de un verano, en el que había sido desalojado de mi estudio y me veía obligado a trabajar al aire libre, bajo una hilera de abetos, con escasísimos recursos (un cuaderno, un bolígrafo y, por supuesto, el Evangelio), han constituido siempre para mí un motivo de estupor.

Jamás he logrado explicarme su éxito (utilizo esta palabra sin rubor, pues he cometido ya el pecado de humildad y más vale perseverar).

Desde que las presenté, sin demasiadas ilusiones, en el despacho del editor, no las había vuelto a leer.

Llegaban a mi mesa las distintas traducciones: alemán, portugués, japonés, español (en lengua castellana las reimpressiones son casi tantas como en italiano, gracias a América Latina).

Recibía cartas de todos los tonos: desde el más ciego entusiasmo hasta el insulto más vulgar, desde el «gracias» anónimo hasta la maldición también anónima (una persona bastante devota me vaticinó, «fraternalmente», que terminaré abrasándome, o ahogándome en una sustancia que no puedo nombrar, en el peor recoveco del infierno). Ningún libro me ha procurado una avalancha tan imponente de correspondencia de parte de los lectores desde las más insospechadas procedencias.

He llegado a una consoladora conclusión: los libros salen adelante no porque los alienten críticos complacientes, o porque se

hable de ellos en determinados medios de comunicación, o porque aparezcan en los primeros lugares de las listas de ventas, sino únicamente porque los lectores más convencidos los recomiendan con entusiasmo.

A pesar de todo, hasta ahora no me había decidido a releer este «afortunado» libro.

Ni siquiera cuando un sentencioso confesor, en el secreto del confesionario de una celeberrima basílica, ignorando la identidad de quien desgranaba ante él sus culpas, me recomendó su lectura (¿o quizás me la impuso como penitencia?).

Y menos aún cuando un eminentísimo cardenal me abordó echándome en cara (ante la torva mirada de un alabardero suizo) algunas páginas que le habían hecho enrojecer de rabia y conminándome a depurar ciertos capítulos. No hice nada de eso, ni siquiera fui a inspeccionar el cuerpo del delito, tanto más cuanto que no pesaba sobre mí ninguna amenaza de parte de la Congregación competente.

Tampoco me convencieron para que volviera a leer este texto, al que acusaban de excesivamente molesto, aquellas reverendas madres que, en el patio de su suntuoso convento, una tarde de Cuaresma, prepararon para él una discreta hoguera, sin invitarme a participar (quien compra un libro adquiere también el derecho a quemarlo, aunque quizás en el fondo lo que le gustaría es arrojar a las llamas al autor...).

Ahora, para celebrar una nueva edición, me he dejado al fin convencer por mi editor para releer el libro (en la esperanza de que lo haga también él).

Ha resultado una experiencia muy sorprendente. Pensaba que me iba a sentir más avergonzado.

Me ha servido para convencerme de que este acercamiento «silvestre» al Evangelio, sin prevenciones de ningún tipo, desguarnecido, con un altísimo grado de ingenuidad, dejando vía libre al corazón y a la intuición, conserva todavía hoy su validez, especialmente si lo contrastamos con ciertos comentarios «heladores» de los especialistas a causa de su tecnicismo y erudición (quizás) demasiado ostentosa.

Entiendo que el lector se muestra más inclinado a perdonar un exceso de pasión que la precisión intachable del intelectual.

Mucho mejor implicarse, dar la cara abiertamente, que esconderse tras las tupidas hojas de higuera de las citas doctas y las bibliografías kilométricas y las notas desbordadas, que terminan ocultando no sólo al autor, sino también a la Palabra.

Personalmente, concibo la tarea de escribir como un trabajo de desprendimiento (sí, desprendimiento de los comentarios exegéticos que me veo obligado a leer y de los textos que estudio). Es la única forma de pobreza que practico. Muchos, sin embargo, antes de tomar la pluma, se cargan encima una biblioteca, con el polvo incluido.

Cuestión de gustos.

A fin de cuentas, son los lectores quienes deciden si fiarse de uno que se presenta desarmado y sin tapujos, o bien de quien se exhibe arropado como esos severos personajes (momias vivientes parecen) que ocupan el palco durante las paradas militares.

De todas formas, he corregido poquísimas cosas, realizado mínimos retoques, borrado solo algunas líneas.

En compensación, he añadido varias páginas y algunos capítulos extraídos de mi comentario al evangelio de Marcos. Me ha parecido adecuado completar sobre todo los textos que ponen en evidencia la conexión entre culto y vida, iglesia y camino, oración y atención al prójimo, devoción y justicia.

El Evangelio, de hecho, resulta molesto precisamente porque necesita establecer estos vínculos. Si por mi parte tratase tan sólo de despachar nuestros asuntos con Dios, no habría escrito *Evangelios molestos*.

Espero no haber estropeado nada con estos cambios. Y, al mismo tiempo, haber aportado algún contenido novedoso que justifique la reedición del libro.

No puedo decir que se trata de un libro nuevo. Ni siquiera sé si ello sería deseable. Me limito a confesar que, tras haberlo leído con retraso, mucho después de haberlo dado a luz, me he reencontrado con bastante facilidad, y algunas páginas me han cuestionado muy seriamente.

El hecho de que «me reconozca» en un libro que ha cumplido ya varias decenas de años puede ser interpretado en el sentido de que desde que lo escribí no he caminado lo suficiente. O, tal vez, de que envejecí de forma prematura.

Incluso en la peor de las hipótesis, me quedo con el mensaje de que la molestia evangélica representa una terapia eficaz contra la arterioesclerosis.

No puedo menos de darles las gracias a los lectores, incluidos aquellos que, quién sabe, están por venir.

Pineta di Sortenna, 1983.

Se suceden las reediciones y *Evangelios molestos* sigue cumpliendo años. Esta vez no he retocado nada, entre otras cosas porque las páginas que el lector tiene ante sus ojos ya no me pertenecen, después de tantos que han transitado por ellas.

Personalmente, no sé dónde me encuentro respecto a esta criatura de papel y tinta. Hace algunas décadas, en ciertos ambientes se me miraba con recelo y se me acusaba de «progresista». De un tiempo a esta parte, escucho acusaciones de lo contrario y se me dibuja una sonrisa de satisfacción. Cuando consigues decepcionar a gente de tendencias opuestas, quiere decir que caminas por un sendero de libertad.

En estos últimos tiempos, lo que realmente me preocupa es constatar que, después de tantos años, sigo demasiado lejos del Evangelio.

Cademario, 1996.